

# El cinero

Anoche se cortó la luz del pueblo cuando el jovencito de la película estaba por dar alcance a los bandidos que asaltaron el banco. Esto ocurre siempre.

Los turcos prendieron mecheros y contaron el resto de la película imitando relinchos, gritos, disparos y hasta el beso del jovencito a la rubia que rescató de los bandidos mexicanos.

Nos despanzamos de risa cuando la Gorda Boletera se trencó en el cuerpo de su hombre y lo aprovechó hasta que el Turco Talero gritó fin en inglés para que deje de besarlo y se ponga a vender los gallitos de melcocha antes de que el público se desparrame.

A mí también me gusta contar. Hoy fui a tomar mate con el Ciego Dámaso y le dije:

- Hubiera querido que vea "Red Kit", don Dámaso.

- ¿Pero cómo gua ver si soy ciego...?

- Usté es ciego cuando quiere porque no le falta ojo pa' la Ermelinda.

Se hizo el chanchito rengo y después me pidió que le cuente de la primera película que llegó a Timboy Gacho.

- ¡Ya le conté!

- ¡Pues recuéntela!

- Además la vio.

- Pero sólo de oídas.

Me hice rogar hasta que cambió la yerba de sus mates aguados. Entonces le dije que nunca olvidé aquel veinte de agosto, porque me entregaron el chivato que me dejó de herencia mi mamá y, en la noche, fuimos al cine con el Mudo Peralta. Por tercera vez le conté de los changos que se espantaron cuando una tropa de caballos corrió como queriendo salir de la pantalla, de los criollos que vieron la película sin desmontar, de las viejas que se persinaban cada que las bailarinas mostraban sus ancas, del barullo que se armó entre los que apostaban al gallo giro y al gallo colorado, y de la propaganda de Amor Salvaje, donde una tal Sonia se fue sacando sus trapos hasta quedar casi en cueros.

- ¡Era como pa' amansarla sin ensilla! - dijo.

- ¿No era que usté era ciego?

- Ya le dije que también se mira de oídas.

Aquella noche pegué de pensamiento y manos, pero eso no cuento.

Cuando el Turco Talero viajó a la capital para cambiar las películas, el padre Félix alborotó a las beatas para que se prohiba el cine en Timboy Gacho. Pero como era tiempo de elecciones, las autoridades no quisieron quedar mal con Dios ni con el candidato oficial. El pleito fue público y los que apoyábamos al cine ganamos con más de trescientos cuerpos.

Al día siguiente le pregunté al padre Félix:

- Pagrecito, ¿ande se estudia pa' ser cinero?

- En el infierno - respondió enojado.

Parece que después de la misa se arrepiñtó, porque cuando guardé los ornamentos me dijo:

- No se dice cinero, se dice cineasta.

- Eso sería si el cinero fuera un toro - le retruqué.

Creo que se dio cuenta que no pudo engañarme y se fue riendo. Pero sé que esa maquinita para hacer cine se llama filmadora. Vi uno de esos aparatos cuando Monseñor Mauricio visitó el pueblo, y estoy seguro que salió en la película que hicieron de su viaje por el Chaco, porque me puse a la fila de los que esperaban el turno para besar su anillo.

- ¡Me lo van a gastar! - dijo.

Y el mudo Peralta, que siempre está metido donde pasan cosas para contarlas, respondió:

- Mejor, su eminencia, así se compra uno nuevo.

Desde entonces pienso que si yo fuera cinero haría muchas películas, porque aquí pasan tantas cosas, que es cuestión de apuntarlas con la maquinita esa, y listo.

Ya estoy practicando con mi filmadorita de quebracho, pero si tuviera una de verdad, haría cine para reír, cine para llorar y cine para que vean cómo de lindo es mi pago. Le filmaría al Zurdo haciendo llorar a su guitarra, al Chato atropellado ganado arisco, a don Mariano tigreando con sus perros, al Juan Paniagua peleando con los caminos para que el correo llegue puntual o al Aurelio contrapunteando a su propio eco en los cañones. ¡Pucha que canta lindo el carajol!

También haría una película de las correrías del padre Torrejón, el único cura criollo que tuvo la parroquia. Fue cantor, chacotero y aficionado a los caballos. Le filmaría haciendo flamear su sotana en el carril contando chistes colorados, puñeteando a los policías abusivos o haciendo bromas a los moribundos para que viajen alegres a la otra vida. Haría unas tomas cuando arremanga su sotana para zapatear chacarera y cuando imita el canto de los búhos, señal para que la Viuda Valeria destranque su ventana; porque todos sabemos que le dio consuelo desde que murió su marido, y los que piensan como yo, no criticamos sus gateadas.

En esa película mostraría a las Viejas Viscachas, para que se conozca el infierno grande de los pueblos chicos; porque como no hubo quien se anime a pecar con ellas, hicieron yunta para sembrar chismes.

Haría otra película con los turcos. Filmaría los caminos que recorren arreando los burros que cargan su negocio y, a la Gorda, cuando se disfraza de tamborillera con botas rojas y vestido blanco a media pierna, y marcha por la calle redoblando, mientras su hombre anuncia en cada esquina, las películas que traen de tiempo en cuando.

Mostraría a los changos que rien del paso marcial de la Gorda y de la seriedad del Turco Talero, cuando se dirige a los mirones con su cuerno de lata para decir las mismas cosas: Que la película tal o cual fue premiada por el lado de los Yunañtes, que el argumento es copia fiel de la realidad, que llevemos pañuelo porque hay escenas para moquear, o asegura que no se cortará la luz eléctrica, porque trajo un burro extra cargado con gasolina y limpió el carburador del motor.

Y siempre algún chango pregunta:

- ¿La entrada es con gancho o sin gancho?

Entonces la Gorda explica que habrá gancho después del tercer día y que podrán ingresar tres niños con una entrada. Los changos se las ingenian para conseguir unos pesos. Algunos roban pollos para darlo a cambio del boleto, y si no les resulta la travesura, están obligados a trepar el tapial de la alcaldía, a riesgo de ser bajados de un garrotazo, especialmente cuando los estreñimientos de la Gorda Boletera la ponen con cara de mal tiempo.

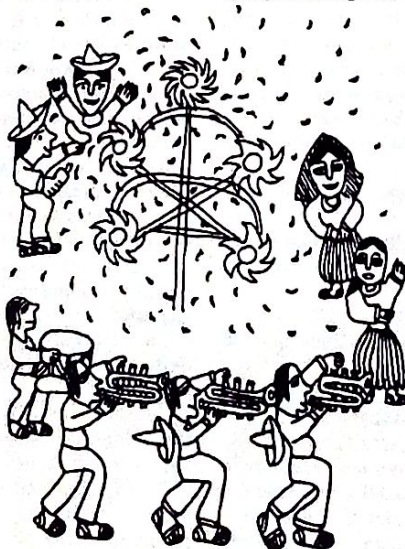
También filmaría a la gente que camina cargando sillas y bancos en dirección al cine. En esos desfiles se nota quién es quién: Los ricos caminan por media calle seguidos de las sirvientas que cargan sus poltronas; en cambio los otros, caminan con sus patas.

Pero sólo el Mudo Peralta comprende mi afición por el cine y me busca para saber de las películas que hace el cinero que vive en mi alma. Yo le cuento y él las muestra.

Ayer festejamos mis cincuenta y le dije:

- Algún día vendo mi chivato y me voy de cinero.

- Andate, Igenio, andate - me dijo - pero mientras tanto seguí practicando con tu filmadorita de quebracho.



DAVID ACEBEY. Sucre-1945. Tomado de la revista Boliviana CORREVEYDILE: "Cuentos de Tierra Adentro"